



## RENERIA HACE 50 AÑOS

Ante la imposibilidad de negarme a la invitación del Director de RENTERIA, que me insta a poner a contribución mi mal cortada pluma en bien de la revista que anualmente edita por *Madalenas*; hoy, digo, quiero tener un rato de amigable conversación con mis aspaldikos laguntarras que siguen tan entusiastas por las gloriosas tradiciones del pueblo que los viera nacer. Quiero charlar con mis antiguos camaradas de escuela, compañeros de travesuras, algo revoltosos pero de buen carácter y afectuoso corazón; cualidades del buen renteriano.

Es la hora de la escuela: Si hablábamos mal el euskera, destrozábamos el castellano: ¡¡Qué miedo!! ¡¡Qué convulsiones!! Egurrola, Gamón, Garibaldi, están *donde la Josepita*. ¿A dónde dirigen su mirada? Ojos son avizores que miran hacia la casa del señor Bizkarrondo. ¡¡Bazetorrek!! ¡¡Pobres mocetes!! Ibamos la generalidad temblando más que un cascabel. ¿Que

cárcel de la escuela de Rentería. Que hubo dos hermanos catalanes a quienes decíamos «catalans, culis», y que lo transmitieron al extranjero y allí nos robaron la patente de invención. ¡Qué tiempos aquellos, y con qué hambre íbamos a casa a eso de las 6 de la tarde! Han cambiado, si, mucho los tiempos; y bien cambiados, ¿verdad?

Otra de las cosas que tengo profundamente grabadas en mi mente es la formación en la escuela de 8 en 8 para ir a la iglesia; y ponernos o colocarnos en las escaleras del altar mayor y sentarnos en la losa fría. ¿Era aquello higiénico? Tiene la palabra Ignacio.

¡La Cuaresma! ¡La dichosa Cuaresma! Nos alegraba por una parte a los chicos ansiosos de jugar, y deseosos de ir a buscar nidos dejando las lecciones; pero por otra parte ¡jene!! eso de tener que formarnos y tener que ir a oír los sermones que nos predicaba el fraile que venía de Fuenterrabía; y cada prédica nos



por qué? ¡¡El dichoso anillo, chico, el dichoso anillo!! El funesto anillo que por un descuido o verdadera necesidad de hablar en *baskuence*, nos encajaban y que por él nos había de zurrar de lindo la badana el maestro Bizkarrondo, o si nó el *maistro chiquito*, que si pegaba pocas veces, sus zurras valían por veinte del *maistro zar*.

Era lo que más temíamos los chicos: ¡¡el anillo!! Por hablar *baskuence*: Urigoitia, Belamendia, Echeberría, Iturria... *sin comer*; y... a aquel cuarto algo oscuro en donde se proyectaban las películas del cine y se filmaba la gente que salía de las fábricas y tuntuneros cuando tocaban el *tun tun*. Veíamos desde la cárcel de la escuela *todo, todo*, menos la sopa y babarrun gorriak que con tanto apetito saboreábamos en casa!!

Oye, Egurrola: Cuando alguien te pregunte el origen del cine, contéstale que nuestra generación ha sido el inventor y que tuvo lugar en una cárcel, en la

parecía más larga que la misma Cuaresma; eso te reventaba a ti, Garibaldi; no así a Urigoitia y a Salustiano Echeveste, que en el coro nos cantaban unas «cosicas»... tan preciosas, tan hermosas, tan patéticas, que tengo para mí que nunca jamás he oído voces que tan agradables suenen, aún hoy, en mis oídos, como las de Salus, Juan José, D. Jesús M.<sup>a</sup> Echeverría y Gandioso Zelaya, acompañados al órgano por el padre de Egurrola, que era un segundo Beethoven. Para mí ni en la Scala de Milán, caro Valentino.

Que en la escuela hubiera interés por la asistencia (no cabe duda), ni que decir tiene; dígalos si no cuando pasaba la revista, mandaba el señor maestro a uno cualquiera a casa del que hizo *piperra* a preguntar sobre sus huesos y a que dieran los de casa fé de vida. Confesemos íbamos con pocas ganas a la escuela, y mucho menos cuando preveíamos algunas galantas jipoías. Dicen o decían que la letra con sangre entra..



Lo que es a nosotros creo que sí. Nunca jamás olvidaré a alguno que otro compañero que *le daba cara* al señor maestro tan respetable de sí, y que alguna vez (ieran tan valientes!) que le quitaban al maestro la *zigorra* y la hacían añicos delante del buen Bizkarrondo que en aquellos menesteres tenía malas pulgas. ¿Te acuerdas, Bidegain? y ¿tú, Zalakaín?

Añoro aquellos tiempos pasados con todos sus encantos, travesuras y alegrías. Verdad que disfrutábamos cuando con motivo de la llegada de un americano al pueblo oíamos el tun tun. Verdad que nuestro corazón saltaba de gozo cuando salía la música y todo a la estación a dar la bienvenida a nuestros simpáticos pelotaris Elizegui, Samperio, Tandilero, Melchor, Eusebio, Gamborena, Goenaga, etc.? Cohetes por ahí, chupinazos por allá; todo era bullicio, zambra alegría, contento y fiesta en Rentería y los chicos... ¡sin escuela! Quién fuera siempre chico, pero sin escuela, ¿eh?

Ha progresado mucho Rentería; y bajo todos conceptos, hay más adelantos, más industria, más cultura, más civismo, más educación, pero *¿más nobleza, más sinceridad, más naturalidad y más bondad de corazón?* El hombre para el hombre debe ser siempre humano, noble y cristiano. Mientras no campeen estas cualidades, los pueblos retroceden, no avanzan, no progresan.

¿Recordáis aquella tarde en que subieron la campana a la torre? Parecía un hormiguero humano la calle. El entonces sacristán (¿no se llamaba Pranzisku?) era famoso; se contaban cosas muy chuscas de él. Se decía que era valiente como el Cid, arrojado como el que más; tanto que se arrojó de la torre (cuidado que es alta) y sirviéndose de la blusa como de paracaídas, no se hizo daño ni se lastimó. ¡Qué cosas pasaban en aquellos tiempos! Hay en todos los pueblos hombres que dan característica especial a los mismos. En los nuestros los hubo. Y vivíamos en la iglesia con el ambiente del famoso *Erramun loco*; Y qué bien que tocaba la campana el mozo. Pobre desgraciado, medio cojo, medio derrengado y con un genio de veinte mil diablos. Con los buenos era bueno, ¿pero con nosotros..?

No es mi ánimo recordar aquellos tiempos en que desoyendo a los galenos y no haciendo caso de los preceptos higiénicos, antes al contrario, despreciándolos de plano, corríamos al río y debajo de Olibet nos zambullíamos con los consiguientes "tripazos" expuestos siempre a las terribles iras del iracundo y bravo «Zapalo» que por aprovecharnos (pícaros de

nosotros) de una su chulapa favorita, tomaba represalias y la revancha acometiéndonos furibundo y vengándose de nuestras travesuras y estropicios apresando nuestros vestidos y dejándonos a merced del sol canicular en estado propio tan solo del sanatorio de Gorliz, de cuya influencia benéfica tan alejados estábamos, gracias a Jaungoikoa, en aquellos tiempos.

¡Viernes santo! Día grande para Rentería y para todos los cristianos. Día de afluencia forastera para el «choko» que como madre amorosa siempre ha acogido al forastero con parabienes. Día también grande para los chicos muy «biurrís» de entonces. Termina la procesión. Ya no se oyen los acordes de la marcha fúnebre de Chopín. Ya sale la gente del templo y también la gente menuda. Ya se sabe a donde habíamos de ir los mocetes: a luchar, a pelear, al combate, a la pelea, a la guerra; ¿Con quién? Con los chicos de Oyarzun, con los de Ancho, Alza, pero sobre todo con los lezoarras ¡Qué batalla campal! Quien recibía un chichón en la cabeza, en la cara, en el ojo, o en la pierna, pero ocultando siempre la causa de la herida en casa, aunque pronto nos delataba el alguacil Olano a quien le teníamos más miedo que a un nublado.

Todo pasó; y omito en gracia de la brevedad las andanzas del atrabiliario Jaungoiko-txiki (¿vive todavía?) ¿Lo recordáis? Os lo aseguro que con motivo de no sé qué cosa acaecida en la tienda de Policarpo me llevé un susto morrocotudo que todavía me dura.

Todo pasó; y omito en gracia de la brevedad las andanzas del atrabiliario Jaungoiko-txiki (¿vive todavía?) ¿Lo recordáis? Os lo aseguro que con motivo de no sé qué cosa acaecida en la tienda de Policarpo me llevé un susto morrocotudo que todavía me dura.



Confluencia de la calle de los Fueros y de Viteri. Al fondo, la iglesia de la villa, parroquia de Santa María.

¿Que Rentería, tanto etnográfica como psicológicamente está completamente transformada, hondamente desfigurada y por demás desconocida? Ya lo creo. Etnográfica o racialmente, ¿Cuántos son, en la vida de mis amores, los renterianos de pura cepa? Fuera de los baserritarras, pocos, muy pocos; casi casi se podían contar; tan exíguo, tan corto es el número de los que con orgullo y frente erguida pueden decir «mis ascendientes todos son puros renterianos, errenteritarr jatorrak!» ¡Que si ha cambiado Rentería! Como de la noche a la mañana! ¿Que si está desconocida? Completamente. Honda es la transformación, grande la metamorfosis, absoluto el cambio. ¡Cosas de los tiempos! ¡Avances del progreso! ¡Exigencias de la época! ¡Evoluciones necesarias!

El mundo anda, las generaciones cambian, los pueblos se transforman, y los hombres evolucionan. Orre-lakoxea da mundua.

ITURRIA.